LOS MEJORES CUENTOS DE LAS MIL Y UNA NOCHES

PRIMEROS CAPÍTULOS PROMOCIONALES

Anónimo

LOS MEJORES CUENTOS DE
LAS MIL Y UNA NOCHES

Mestas
ediciones

Colección
LOS MEJORES CUENTOS DE...

© MESTAS EDICIONES, S.L.
Avda. de Guadalix, 103
28120 Algete, Madrid
Tel. 91 886 43 80
Fax: 91 886 47 19
E-mail: info@mestasediciones.com
www.mestasediciones.com
http://www.facebook.com/MestasEdiciones
http://www.twitter.com/#!/MestasEdiciones
© Derechos de traducción: Mestas Ediciones

Director de colección: J. M. Valcárcel

Ilustración de cubierta bajo licencia Shutterstock:
Autor: Silver Tiger

Primera edición: *Septiembre, 2019*
Segunda edición: *Abril, 2022*

ISBN: 978-84-17782-41-2
Depósito legal: M-26360-2019
Printed in Spain — Impreso en España

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos — www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

INTRODUCCIÓN

Las mil y una noches es uno de los libros más espectaculares, en todos los sentidos, de la literatura universal. En él se recogen un sinfín de cuentos, de corte fantástico y tradicional, de Oriente Medio. Son relatos que van entrelazándose uno con otro, a partir de un nexo de unión: la relatora de los mismos, la fascinante Scherezade.

El rey Schariar ordenó ejecutar a su esposa, así como a los esclavos y esclavas. Después le dijo a su visir que cada noche le llevasen una joven virgen y que por la mañana, sin pensárselo dos veces, la matasen. Este trágico suceso se repite noche tras noche durante años. Las familias atemorizadas huyeron con sus hijas hasta que no quedó casi ninguna joven que el visir pudiese proponer al monarca. Sin embargo, su hija mayor, Scherezade, se ofreció para cumplir con ingenio esta función. Ideó una astuta manera para no ser nunca asesinada: entusiasmar de tal manera a su majestad con los cuentos que este nunca quisiese dejar de escucharlos, y le perdonase la vida cada día con el fin de poder disfrutar de otra historia nueva cada jornada.

Scherezade era instruida; había leído los libros, las memorias, las leyendas de los reyes antiguos y las historias de los pueblos. Dicen que poseía también miles obras de crónicas referentes a los pueblos de las edades remotas, sobre los caudillos de la antigüedad y sus versados poetas. Era elocuente y daba gusto oírla.

En este libro hemos recopilado las mejores historias surgidas en estas *Arabian Nights*, donde los claros protagonistas son la aventura y la fantasía. Se describen de forma sutil la India, Siria, Persia, Egipto, China, etc., así como los usos y costumbres de sus gentes. Estos cuentos fueron transmitidos oralmente hasta que en el siglo IX, parece ser, fueron compilados y traducidos al árabe por el cuentista Abu Abd-Allah Muhammad el Gahshigar. Aquí encontraremos increíbles genios, magos de una maestría excepcional, espíritus fantasmagóricos, efrits con terroríficos poderes, lugares, ciudades y palacios increíbles, viajes inauditos, criaturas insólitas, héroes inmortales, tesoros indescriptibles, amores intemporales, tragedias y leyendas inolvidables, fuerzas portentosas de la naturaleza, artilugios de la magia más oscura, crímenes atroces, enseñanzas didácticas…, y todo ello en historias narradas admirablemente que ya son célebres en la cultura occidental: *Simbad el marino, Aladino y la lámpara maravillosa, Alí Babá y los cuarenta ladrones…*

El editor

EL REY SCHARIAR Y SU HERMANO EL REY SCHAZAMÁN

Se cuenta que antiguamente hubo un rey entre los reyes de Sassan, en las remotas islas de la India y de la China, que era dueño de grandes ejércitos y señor de muchos vasallos, de incontables servidores y de un séquito muy numeroso. Tenía dos hijos; ambos eran valientes y heroicos jinetes, pero el mayor valía más aún que el pequeño, por lo que a la muerte del rey subió al trono. El mayor reinó en sus dominios, gobernó con justicia entre los hombres y por ese motivo se hizo querer por todos los habitantes del reino. Se llamaba el rey Schariar, y a su hermano, llamado Schazamán, le concedió, para recompensar su buena actitud, el reino de la Gran Tartaria, cuya capital era Samarcanda.

Las cosas siguieron así su curso natural, cada uno reinó en su país y gobernaron con justicia y equidad a sus ciudadanos durante veinte años. Ambos alcanzaron la cima del desarrollo y la prosperidad en sus respectivos imperios. Y así se iban desarrollando los acontecimientos hasta que el hermano mayor sintió vehementes deseos de ver a su hermano pequeño. Entonces ordenó a su visir que partiese y volviese con él. El visir le contestó:

—Escucho y obedezco.

Partió, pues, y llegó felizmente por la gracia de Alá; entró en casa de Schazamán, le trasmitió la paz, le dijo que el rey Schariar deseaba ardientemente verle y que el objeto de su

viaje era invitarle a ver a su hermano mayor. El rey Schazamán contestó:

—Escucho y obedezco.

Con gratitud y entusiasmo dispuso los preparativos de la partida, mandó sacar sus tiendas, sus camellos y sus mulos, y que saliesen sus servidores, soldados y ayudantes. Nombró a su visir gobernador del reino durante su ausencia y se puso en camino hacia las comarcas de su hermano. Pero en mitad de la noche recordó una cosa que había olvidado; volvió a su palacio apresuradamente y encontró a su esposa en la intimidad gozando con uno de sus esclavos negros. Al ver tal cosa, el mundo se oscureció ante sus ojos y se dijo: «Si ha sucedido algo así cuando apenas acabo de dejar la ciudad, ¿cuál sería la conducta de esta libertina si me ausentase algún tiempo para estar con mi hermano?» Y desenvainando su alfanje embistió a los dos culpables, dejándolos muertos sobre los tapices del lecho. Volvió a salir sin perder un instante y ordenó la marcha de la comitiva. Y viajó toda la noche hasta divisar la ciudad donde reinaba su querido hermano.

Entonces este se alegró de su llegada, salió a su encuentro y al recibirlo le deseó la paz. Se regocijó hasta los mayores límites del contento, mandó adornar en honor suyo toda la ciudad y se puso a hablarle lleno de efusión. Pero el rey Schazamán recordaba aún la aventura de su esposa y una nube de tristeza le velaba la faz. Su tez se había puesto pálida y su cuerpo se había debilitado considerablemente. Al verle de tal modo, el rey Schariar creyó que aquello se debía a haberse alejado de su reino y de su país, y lo dejó estar sin preguntarle nada. Al fin, un día le dijo:

—Hermano, tu cuerpo enflaquece y tu cara amarillea. —Y el otro respondió:

—¡Ay, hermano, tengo en mi interior como una llaga en carne viva! —Pero no le reveló lo que le había ocurrido con su esposa. El rey Schariar le dijo:

—Quisiera que me acompañaras a cazar a pie y a caballo, pues así tal vez se esparciera y se reconfortara tu espíritu. —El rey Schazamán no quiso aceptar, y su hermano se fue solo a la cacería.

Había en el palacio unas ventanas que daban al jardín, y habiéndose asomado a una de ellas, el rey Schazamán vio cómo se abría una puerta para dar salida a veinte esclavas y veinte esclavos, entre los cuales avanzaba la mujer del rey Schariar en todo el esplendor de su belleza. Llegados a un estanque se desnudaron y se mezclaron todos, incluida la reina, gozando y copulando los unos con los otros. Al ver aquello pensó el hermano del rey: «¡Por Alá! Más ligera es mi calamidad que esta otra.» Y desde entonces volvió a comer y beber todo cuanto pudo.

A todo esto el rey, su hermano, regresó de su excursión de caza y ambos se desearon la paz íntimamente. Luego el rey Schariar observó que su hermano el rey Schazamán acababa de recobrar el buen color, pues su semblante había adquirido nueva vida, y advirtió también que comía con toda su alma después de haberse alimentado parcamente en los primeros días. Se asombró de ello, y dijo:

—Hermano, poco ha te veía pálido de tez y ahora has recuperado los colores. Cuéntame qué te pasa. —Shahzamán le dijo:

—Te contaré la causa de mi anterior palidez, pero dispénsame de referirte el motivo de haber recobrado los colores.

El rey replicó:

—Para entendernos, relata primeramente la causa de tu pérdida de color y tu debilidad y luego el motivo por el que has recobrado dicho color.

El rey Schazamán le refirió cuanto había sucedido en su propio reino y cuanto había visto en el de su hermano. El rey Schariar dijo:

—Ante todo, es necesario que mis ojos vean semejante cosa. —Su hermano le respondió:

—Finge que vas de caza, pero escóndete en mis aposentos y serás testigo del acontecimiento; tus ojos lo contemplarán.

Inmediatamente mandó el rey que el pregonero divulgase la orden de marcha. Los soldados salieron con sus tiendas fuera de la ciudad. El rey marchó también, pero se ocultó en su tienda y dijo a sus jóvenes esclavos:

—¡Que nadie ose entrar! —Más tarde se disfrazó, salió a hurtadillas y volvió al palacio. Llegó a los aposentos de su hermano y se asomó a la ventana que daba al jardín. Apenas había pasado una hora cuando salieron las esclavas, rodeando a su señora, y tras ellas los esclavos. E hicieron una vez más cuanto ya había contado Schazamán.

Cuando vio estas acciones el rey Schariar, la razón se ausentó de su cabeza, se enfureció y le dijo a su hermano:

—Marchemos para saber cuál es nuestro destino en el camino de Alá, porque nada de común debemos tener con la realeza hasta encontrar a alguien que haya sufrido una aventura semejante a la nuestra. Si no, la muerte sería preferible a nuestra miserable vida. Su hermano le contestó lo que era apropiado y ambos salieron por una puerta secreta del palacio. Y no cesaron de caminar día y noche, hasta que por fin llegaron a un árbol en medio de una solitaria pradera junto a la mar salada. En aquella pradera había un manantial de agua dulce. Bebieron de ella y se sentaron por fin a descansar.

Apenas habían trascurrido unos instantes cuando el mar empezó a agitarse. Brotó de él una negra y tenebrosa columna de humo, que llegó hasta el cielo y se dirigió después hacia la

pradera. Los reyes, asustados, se subieron a la cima del árbol, que era muy alto, y se pusieron a mirar lo que tal fenómeno pudiera ser. Y he aquí que la columna de humo se convirtió de repente en un efrit[1] de elevada estatura, poderoso de hombros y robusto de pecho. Llevaba un arca de cristal con cuatro cerraduras sobre la cabeza. Puso el pie en el suelo, se dirigió hacia el árbol y se sentó bajo su copa. Levantó entonces la tapa del arca, sacó de ella una caja, la abrió y apareció enseguida una encantadora joven de espléndida hermosura, luminosa, lo mismo que el sol.

Después que el efrit hubo contemplado a la hermosa joven, le dijo:

—¡Oh, soberana de las sederías! ¡Oh tú, a quien rapté el mismo día de tu boda! Quisiera dormir un poco. Y el efrit colocó la cabeza en las rodillas de la joven y se durmió. Entonces la joven levantó la mirada hacia la copa del árbol y vio ocultos en las ramas a los dos reyes. Enseguida apartó de sus rodillas la cabeza del efrit, la puso en el suelo y les dijo por señas:

—Bajad, y no tengáis miedo de este efrit.

Por señas le respondieron:

—¡Por Alá sobre ti! ¡Dispénsanos de lance tan peligroso!

Ella les dijo:

—¡Por Alá sobre vosotros! Bajad enseguida si no queréis que avise al efrit, que os dará la peor muerte que hayáis imaginado.

Entonces ellos, por miedo al efrit, hicieron lo que la muchacha les había pedido. Cuando estuvieron abajo, ella sacó un saquito y del saquito un collar compuesto de quinientas sesenta sortijas con sus sellos respectivos, y les preguntó:

[1] Genio dotado de gran poder.

—¿Sabéis lo que es esto? —Ellos le dijeron que no, y les explicó la joven:

—Los dueños de estos anillos me han poseído todos y me los han dado después. De suerte que me vais a dar vuestros anillos. Lo hicieron así, sacándoselos de los dedos, y ella entonces les dijo:

—Sabed que este efrit me robó la noche de mi boda; me encerró en esa caja, metió la caja en el arca, le echó siete candados y la arrastró al fondo del mar, allí donde se combaten las olas. Pero no sabía que, cuando desea alguna cosa, a una mujer no hay quien la supere. Los dos hermanos, al oír estas palabras, se maravillaron hasta más no poder y se dijeron uno a otro: «Si este es un efrit y a pesar de su poderío le han ocurrido cosas más horribles que a nosotros, esta aventura debe consolarnos.» Inmediatamente se despidieron de la muchacha y regresaron cada uno a su reino.

En cuanto el rey Schariar volvió a su palacio mandó ejecutar a su esposa, así como a los esclavos y esclavas. Después ordenó a su visir que cada noche le llevasen una joven virgen. Y por la mañana mandaba que la matasen. Así estuvo haciendo durante unos tres años, y todo eran lamentos y voces de consternación. Los hombres huían con las hijas que les quedaban.

En esta situación el rey mandó al visir que, como de costumbre, le trajese una joven. El visir, por más que buscó, no pudo encontrar ninguna pues ya no quedaban, y regresó muy triste a su casa, con el alma transida de miedo ante el previsible furor del rey. Pero este visir tenía dos hijas de una gran hermosura, que poseían todos los encantos, todas las perfecciones y una delicadeza exquisita. La mayor se llamaba Scherezade y el nombre de la menor era Doniazada.

Scherezade era instruida; había leído los libros, las memorias, las leyendas de los reyes antiguos y las historias de los

pueblos. Dicen que poseía también mil libros de crónicas referentes a los pueblos de las edades remotas, sobre los caudillos de la antigüedad y sus versados poetas. Era elocuente y daba gusto oírla.

Al ver a su padre, le habló así:

—¿Por qué te veo abrumado soportando un peso tan intenso?

Cuando oyó estas palabras, el visir contó a su hija cuanto había ocurrido con el rey, desde el principio al fin. Entonces le dijo Scherezade:

—¡Por Alá, padre!, cásame con nuestro rey, porque si logro que no me mate, podré rescatar a las hijas de los muslemini[2] y las salvaré de la muerte.

Entonces el visir contestó:

—¡Por Alá sobre ti! No te expongas nunca a tal peligro.

Pero Scherezade repuso:

—No puedo dejar de hacerlo.

Y su padre le contestó:

—Cuidado, no te ocurra lo que les ocurrió al asno y al buey con el labrador. Te contaré su historia:

[2] Musulmanes.

EL ASNO, EL BUEY Y EL LABRADOR

Has de saber, hija mía, que hace mucho tiempo atrás hubo un comerciante dueño de grandes riquezas y de muchas cabezas de ganado. Estaba casado y con hijos. Alá, el Altísimo, le dio igualmente el conocimiento de los lenguajes de los animales y del canto de los pájaros. Habitaba este comerciante en un país fértil, a orillas de un río. En su morada había un asno y un buey.

Cierto día llegó el buey al lugar ocupado por el asno y vio aquel sitio barrido y regado. En el pesebre había cebada y paja bien cribadas, y el jumento estaba tumbado, descansando. Cuando el amo lo montaba era solo para algún trayecto corto y por asunto urgente, y el asno volvía pronto a descansar. Ese día el comerciante oyó que el buey decía al pollino:

—Come a gusto y que te sea sano, de provecho y de buena digestión. ¡Yo estoy rendido y tú descansado después de comer cebada bien cribada! Si el amo te monta alguna que otra vez, pronto vuelve a traerte. En cambio, yo me reviento arando y con el trabajo del molino. —El asno le aconsejó:

—Cuando salgas al campo y te echen el yugo, túmbate y no te menees aunque te den de palos. Y si te levantan, vuélvete a echar otra vez. Y si entonces te vuelven al establo y te ponen habas, no las comas, fíngete enfermo. Haz por no comer ni beber en unos días, y de ese modo descansarás de la fatiga del trabajo.

Pero el comerciante seguía presente oyendo todo lo que hablaban. Se acercó el mayoral al buey para darle forraje y le vio comer muy poca cosa. Por la mañana, al llevarlo al trabajo, lo encontró enfermo. Entonces el amo dijo al mayoral:

—Coge al asno y que are todo el día en lugar del buey. —Y el hombre unció al asno en vez del buey y le hizo arar todo el día.

Al anochecer, cuando el asno regresó al establo, el buey le dio las gracias por sus bondades que le habían proporcionado el descanso de todo el día; pero el asno no le contestó. Estaba muy arrepentido. Al otro día el asno estuvo arando también durante toda la jornada y regresó con el pescuezo desollado, rendido de fatiga. El buey, al verle en tal estado, le dio las gracias de nuevo y lo colmó de alabanzas. El asno le dijo.

—Bien tranquilo estaba yo antes. Ya ves cómo me ha perjudicado el hacer beneficio a los demás. —Y enseguida añadió:

—Voy a darte un buen consejo de todos modos. He oído decir al amo que te entregarán al matarife si no te levantas, y harán una cubierta para la mesa con tu piel. Te lo digo para que te salves, pues sentiría que te ocurriese algo.

El buey, cuando oyó estas palabras del asno, le dio las gracias nuevamente y le dijo:

—Mañana reanudaré mi trabajo. —Y se puso a comer, se tragó todo el forraje y hasta lamió el recipiente con su lengua.

Pero el amo les había oído hablar y empezó a reír a carcajadas. Su mujer le preguntó:

—¿De qué te ríes? —Y él dijo:

—De una cosa que he visto y oído; pero no la puedo descubrir porque me va en ello la vida. —La mujer insistió:

—Pues has de contármela, aunque te cueste morir. —Y él dijo:

—Me callo porque temo a la muerte. —Ella repuso:

—Entonces es que te ríes de mí. —Y desde aquel día no dejó de hostigarle tenazmente hasta que le puso en una gran perplejidad.

Un buen día el comerciante mandó llamar a sus hijos, así como al cadí[3], y a unos testigos. Quiso hacer testamento antes de revelar el secreto a su mujer, pues amaba a su esposa entrañablemente porque era la hija de su tío paterno, era la madre de sus hijos y había vivido con ella ciento veinte años de su edad. Hizo llamar también a todos los parientes de su esposa y a los habitantes del barrio y refirió a todos lo ocurrido, diciendo que moriría en cuanto revelase el secreto. Entonces toda la gente dijo a la mujer:

—¡Por Alá sobre ti! No te ocupes más del asunto, pues va a perecer tu marido, el padre de tus hijos. —Pero ella replicó:

—Aunque le cueste la vida, no le dejaré en paz hasta que me haya dicho su secreto. —Entonces ya no le rogaron más. El comerciante se apartó de ellos y se dirigió al estanque de la huerta para hacer sus abluciones y volver inmediatamente a revelar su secreto y morir. —Pero había un gallo lleno de vigor y un perro. Y el comerciante oyó que el perro increpaba al gallo de este modo:

—¿No te avergüenza estar tan alegre cuando va a morirse nuestro amo? —Y el gallo preguntó:

—¿Por qué causa va a morir?

Entonces el perro contó toda la historia y el gallo repuso:

—¡Por Alá! Poco talento tiene nuestro amo. Cincuenta esposas tengo yo y a todas sé manejármelas regañando a unas y contentando a otras. ¡En cambio, él solo tiene una y no Sabed entenderse con ella! El medio es bien sencillo: bastaría con cortar unas cuantas varas de morera, entrar en el camarín de su esposa y darle hasta que sucumbiera o se arrepintiese. No volvería a importunarle con preguntas.

[3] Juez que entiende de las causas legales, entre turcos y moros.

Así dijo el gallo, y cuando el comerciante oyó sus palabras se ilumino su razón, y resolvió dar una paliza a su mujer.

Entró el comerciante llevando ocultas las varas de morera, que acababa de cortar, y llamó aparte a su esposa:

—Ven a nuestro gabinete para que te diga mi secreto. —La mujer le siguió; el comerciante se encerró con ella y empezó a sacudirle varazos hasta que ella acabó por decir:

—¡Me arrepiento, me arrepiento! —Y besaba las manos y los pies de su marido. Estaba arrepentida de veras. Salieron entonces, y la concurrencia se alegró muchísimo, regocijándose también los parientes. Y todos vivieron muy felices hasta la muerte.

Cuando Scherezade, la hija del visir, hubo oído este relato, insistió nuevamente en su ruego:

—Padre, de todos modos quiero que hagas lo que te he pedido. —Entonces el visir, sin replicar nada, mandó que preparasen el ajuar de su hija y marchó a comunicar la nueva al rey Schariar. —Pero cuando el rey quiso acercarse a la joven, esta se echó a llorar. Y el rey le dijo:

—¿Qué te pasa? —Y ella contestó:

—¡Oh, rey poderoso, tengo una hermanita de la cual quisiera despedirme! —El rey mandó buscar a la hermana, quien apenas vino se abrazó a Scherezade y acabó por acomodarse cerca del lecho.

Doniazada dijo entonces a Scherezade:

—¡Hermana, por Alá sobre ti!, cuéntanos una historia que nos haga pasar la noche. Y Scherezade contestó:

—De buena gana y como un debido homenaje, si es que me lo permite este rey tan generoso, dotado de tan buenas maneras. —El rey, al oír estas palabras, como si no tuviese ningún sueño, se prestó de buen grado a escuchar la narración de Scherezade.

SIMBAD EL MARINO

En tiempos del califa Harún AlRaschid hubo un hombre llamado Simbad. Era de condición pobre y, para ganarse la vida, acostumbraba a trasportar bultos sobre su cabeza. Un día tuvo que llevar cierta carga muy pesada; aquel día precisamente sentíase un calor tan excesivo que sudaba el cargador, abrumado por el peso que llevaba encima. La temperatura ya se había hecho intolerable cuando el cargador pasó por delante de la puerta de una casa que debía pertenecer a algún mercader rico, a juzgar por el suelo bien barrido y regado alrededor con agua de rosas. Soplaba allí una brisa gratísima, y cerca de la puerta aparecía un ancho banco para sentarse. Al verlo, el cargador Simbad soltó la carga sobre el banco en cuestión con objeto de descansar y respirar aquel aire agradable, sintiendo a poco que desde la puerta llegaba hasta él un aura pura mezclada con delicioso aroma; tanto le deleitó que fue a sentarse en un extremo del banco.

Entonces advirtió un concierto de laúdes e instrumentos diversos, acompañados por magníficas voces que cantaban canciones en un lenguaje escogido; y advirtió también píos de aves canoras que glorificaban de modo encantador a Alá el Altísimo; distinguió, entre otros, acentos de tórtolas, de ruiseñores, de mirlos, de bulbuls[4], de palomas de collar y de perdices domésticas. Maravillose mucho e, impulsado por el placer enorme que todo aquello le causaba, asomó la cabeza

[4] Una especie de ruiseñores tropicales, que residen en África y Asia tropical.

por la rendija abierta de la puerta y vio en el fondo un jardín inmenso donde se apiñaban servidores jóvenes y esclavos, criados y gente de todas calidades, y había allí cosas que no se encontrarían más que en alcázares de reyes y sultanes.

Tras esto llegó hasta él una tufarada de manjares realmente admirables y deliciosos, con la cual se mezclaba todo género de fragancias exquisitas procedentes de diversas vituallas y bebidas de buena calidad. Entonces no pudo por menos de suspirar, alzó al cielo los ojos y exclamó:

—¡Gloria a Ti, Señor Creador, ¡oh, Donador! ¡Sin calcular, repartes cuantos dones te placen, ¡oh, Dios mío! ¡Pero no creas que clamo a ti para pedirte cuentas de tus actos o para preguntarte acerca de tu justicia y de tu voluntad, porque a la criatura le está vedado interrogar a su dueño omnipotente! Me limito a observar. ¡Gloria a ti! ¡Enriqueces o empobreces, elevas o humillas conforme a tus deseos, y siempre obras con lógica, aunque a veces no podamos comprenderla! ¡He ahí al amo de esta casa! ¡Es dichoso hasta los límites extremos de la felicidad! ¡Disfruta las delicias de esos aromas encantadores, de esas fragancias agradables, de esos manjares sabrosos, de esas bebidas superiormente deliciosas! ¡Vive feliz, tranquilo y contentísimo, mientras otros, como yo, por ejemplo, nos hallamos en el último confín de la fatiga y la miseria!

Luego se levantó y quiso poner de nuevo la carga sobre su cabeza y continuar su camino, cuando se destacó en la puerta del palacio y avanzó hacia él un pequeño esclavo que le dijo:

—Entra a hablar con mi amo, que desea verte. —Muy intimidado, el cargador intentó encontrar cualquier excusa que le dispensase de seguir al joven esclavo, mas en vano. Dejó pues, su cargamento en el vestíbulo, y penetró con el niño en el interior de la morada.

Vio una casa espléndida, llena de personas graves y respetuosas, en el centro de la cual se abría una gran sala donde

le introdujeron. Se encontró allí ante una asamblea numerosa compuesta de personajes que parecían honorables, y que debían ser convidados de importancia. También encontró allí flores de toda especie, perfumes de todas clases, confituras secas de todas las calidades, golosinas, pastas de almendras, frutas maravillosas y una cantidad prodigiosa de bandejas cargadas con corderos asados y manjares suntuosos y más bandejas cargadas con bebidas extraídas del zumo de las uvas. Encontró asimismo instrumentos armónicos que sostenían en sus rodillas unas esclavas muy hermosas, sentadas ordenadamente en el sitio asignado a cada una.

En medio de la sala, entre los demás convidados, vislumbró el cargador a un hombre de rostro imponente y digno cuya barba blanqueaba a causa de los años, cuyas facciones eran correctas y agradables a la vista y cuya fisonomía toda denotaba gravedad, bondad, nobleza y grandeza.

Entonces el dueño de la casa le dijo que se aproximara y le invitó a sentarse a su lado después de desearle la bienvenida con acento muy amable; le sirvió de comer, ofreciéndole lo más delicado, lo más delicioso y lo más hábilmente condimentado entre todos los manjares que cubrían las bandejas. No dejó Simbad el Cargador de hacer honor a la invitación luego de pronunciar la fórmula invocadora. Así es que comió hasta hartarse; después dio las gracias a Alá diciendo:

—¡Loores a Él siempre!— Tras de lo cual, se lavó las manos y agradeció a todos los invitados su amabilidad.

Solamente entonces dijo el dueño de la casa al cargador, siguiendo la costumbre que no permite hacer preguntas al huésped más que cuando se le ha servido de comer y beber:

—¡Sé bienvenido y obra con toda libertad! ¡Bendiga Alá tus días! Pero, ¿puedes decirme tu nombre y profesión, oh huésped mío?— Y contestó el otro:

—¡Oh, señor! Me llamo Simbad el Cargador y mi profesión consiste en trasportar bultos sobre mi cabeza a cambio de un salario. —Sonrió el dueño de la casa y le dijo:

—¡Sabed, ¡oh, cargador!, que tu nombre es igual que mi nombre, pues me llamo Simbad el Marino!

Luego continuó:

—¡Sabed también, ¡oh, cargador!, que si te rogué que vinieras aquí fue para oírte repetir las hermosas estrofas que cantabas cuando estabas sentado en el banco ahí fuera!

Ante estas palabras sonrojose el cargador y dijo:

—¡Por Alá sobre ti! ¡No me guardes rencor a causa de tan desconsiderada acción, ya que las penas, las fatigas y las miserias, que nada dejan en la mano, hacen descortés, necio e insolente al hombre!— Pero Simbad el Marino dijo a Simbad el Cargador:

—No te avergüences de lo que cantaste, ni te turbes, porque en adelante serás mi hermano. ¡Solo te ruego que te des prisa en cantar esas estrofas que escuché y que tanto me maravillaron!— Entonces cantó el cargador las estrofas en cuestión, que gustaron en extremo a Simbad el Marino.

Concluidas que fueron las estrofas, Simbad el Marino se encaró con Simbad el Cargador y le dijo:

—¡Oh, cargador! Sabed que yo también tengo una historia asombrosa y que me reservo el derecho de contarte a mi vez. Te explicaré, pues, todas las aventuras que me sucedieron y todas las pruebas que sufrí antes de llegar a esta felicidad y de habitar este palacio. Verás entonces a costa de cuán terribles y extraños trabajos, a costa de cuántas calamidades, de cuántos males y de cuántas desgracias iniciales adquirí estas riquezas en medio de las que me ves vivir en mi vejez. Porque sin duda ignoras los siete viajes extraordinarios que he realizado, y cómo cada cual de estos viajes constituye por sí solo una cosa tan prodigiosa, que únicamente con pensar en ella

queda uno sobrecogido y en el límite de todos los estupores. ¡Pero cuanto voy a contarte a ti y a todos mis honorables invitados me sucedió, en suma, porque el Destino lo había dispuesto de antemano y porque toda cosa escrita debe acaecer, sin que sea posible rehuirla o evitarla!

En ese momento de su narración, Scherezade vio asomarse el alba y discretamente se calló. Continuó su relato al anochecer:

PRIMER VIAJE DE SIMBAD

—Sabed todos vosotros, oh, señores ilustrísimos, y tú, honrado cargador, ¡que te llamas como yo, Simbad!, que mi padre era un mercader de rango entre los mercaderes. Había en su casa numerosas riquezas de las cuales hacía uso sin cesar para distribuir a los pobres dádivas con largueza, si bien con prudencia, ya que a su muerte me dejó muchos bienes, tierras y poblados enteros, siendo yo muy pequeño todavía.

Cuando llegué a la edad de hombre tomé posesión de todo aquello y me dediqué a comer manjares extraordinarios y a beber bebidas extraordinarias, alternando con la gente joven y presumiendo de trajes excesivamente caros, y cultivando el trato de amigos y camaradas. Estaba convencido de que aquello había de durar siempre, para mayor ventaja mía. Continué viviendo mucho tiempo así, hasta que un día, curado de mis errores y vuelto a mi razón, hube de notar que mis riquezas habíanse disipado, mi condición había cambiado y mis bienes habían huido. Entonces desperté completamente de mi inacción, sintiéndome poseído por el temor y el espanto de llegar a la vejez un día sin tener qué ponerme.

Tan pronto como me asaltaron estos pensamientos me levanté, reuní lo que me restaba de muebles y vestidos y, sin perder un momento, lo vendí en la almoneda pública con los residuos de mis bienes, propiedades y tierras. De ese modo

me hice con la suma de tres mil dracmas. Luego, sin tardanza corrí al zoco, donde tuve cuidado de comprar mercancías diversas y bisutería de todas clases. Lo trasporté inmediatamente todo a bordo de un navío en el que otros mercaderes se encontraban ya dispuestos a partir, y con el alma deseosa de marineras andanzas vi cómo se alejaba de Bagdad el navío y descendía por el río hasta Basora, yendo a parar al mar.

En Basora el navío dirigió la vela hacia alta mar. Entonces navegamos durante días y noches, tocando en islas y en islas y entrando en un mar después de otro mar, y llegando a una tierra después de otra tierra. En cada sitio en que desembarcábamos vendíamos unas mercancías para comprar otras, y hacíamos trueques y cambios muy ventajosos.

Un día en que navegábamos sin ver tierra desde hacía varios días, vimos surgir del mar una isla que por su vegetación nos pareció algún jardín maravilloso entre los jardines del Edén. Al advertirla, el capitán del navío quiso tomar allí tierra, dejándonos desembarcar una vez que anclamos.

Mientras de tal manera reposábamos, sentimos de repente que temblaba la isla toda con tan ruda sacudida que fuimos despedidos a algunos pies de altura sobre el suelo. En aquel momento vimos aparecer en la proa del navío al capitán, que nos gritaba con una voz terrible y gestos alarmantes:

—¡Salvaos pronto, oh pasajeros! ¡Subid enseguida a bordo! ¡Dejadlo todo! ¡Abandonad en tierra vuestros efectos y salvad vuestras almas! ¡Huid del abismo que os espera! ¡Porque la isla donde os encontráis no es una isla, sino una ballena gigantesca que eligió en medio de este mar su domicilio desde antiguos tiempos, y merced a la arena marina crecieron árboles en su lomo! ¡La despertasteis ahora de su sueño, turbasteis su reposo, excitasteis sus sensaciones encendiendo lumbres sobre su lomo y hela aquí que se despereza! ¡Salvaos o, si no, nos sumergirá en el mar, que ha de tragaros sin remedio! ¡Salvaos! ¡Dejadlo todo, que he de partir!

Al oír estas palabras del capitán, los pasajeros, aterrados, dejaron todos sus efectos, vestidos, utensilios y hornillas, y echaron a correr hacia el navío, que a la sazón levaba ancla. Pudieron alcanzarlo a tiempo algunos; otros no pudieron. La ballena se había puesto ya en movimiento y tras unos cuantos saltos espantosos se sumergía en el mar con cuanto tenía encima del lomo, y las olas, que chocaban y se entrechocaban, cerráronse para siempre sobre ella y sobre ellos.

¡Yo fui de los que se quedaron abandonados encima de la ballena y habían de ahogarse!

Pero Alá el Altísimo veló por mí y me libró de ahogarme, poniéndome al alcance de la mano una especie de cubeta grande de madera, llevada allí por los pasajeros para lavar su ropa.

Durante una noche y un día enteros estuve en lucha contra el abismo. El viento y las corrientes me arrastraron a la orilla de una isla escarpada, cubierta de plantas trepadoras que descendían a lo largo de los acantilados hundiéndose en el mar. Me así a estos ramajes y, ayudándome con pies y manos, conseguí trepar hasta lo alto del acantilado. Muy apesadumbrado por el estado en que me hallaba, hube de arrastrarme a gatas unas veces y de rodillas otras en busca de algo para comer. Al fin llegué a una llanura cubierta de árboles frutales y regada por manantiales de agua pura y fresquísima. Allí reposé durante varios días, manteniéndome de frutas, hasta que cierto día que me paseaba por la orilla vi a lo lejos una cosa que tomé por un animal salvaje o algún monstruo del mar, pero al acercarme descubrí una yegua maravillosa atada a un poste. Ya me aproximaba a ella para contemplarla de cerca, cuando oí un grito espantoso y surgió de debajo de la tierra un hombre que avanzó hasta donde yo estaba y exclamó:

—¿Quién eres y de dónde vienes? ¿Qué motivo te impulsó a aventurarte hasta aquí?

Yo le conté mi aventura, rogándole que a su vez él me explicara lo que había visto en la isla. Y me dijo:

—Sabed que somos varios los que estamos en esta isla para guardar los caballos del rey Mihraján. ¡Bendice, pues, a Alá, que te hizo encontrarme, porque sin mí morirías de tristeza en esta soledad, sin volver a ver nunca a los tuyos ni a tu país, y sin que nunca supiesen nadie de ti!

Entonces todos los guardianes, cada uno con su yegua, se agruparon a mi alrededor y me prodigaron mil amabilidades, y después de facilitarme aún más comida y de comer conmigo, me ofrecieron una buena montura, y en vista de la invitación que me hizo el primer guardián me propusieron que les acompañara a ver al rey, su señor. Acepté, desde luego, y partimos todos juntos.

Cuando llegamos a la ciudad, mis compañeros se adelantaron para poner a su señor al corriente de lo que me había acaecido. Tras de lo cual volvieron a buscarme y me llevaron al palacio; en uso del permiso que se me concedió, entré en la sala del trono y fui a ponerme entre las manos del rey Mihraján, al cual le deseé la paz.

Correspondiendo a mis deseos de paz, el rey me dio la bienvenida, y quiso oír de mi boca el relato de mi aventura. Obedecí enseguida y le conté cuanto me había sucedido, sin omitir un detalle.

Al escuchar semejante historia, el rey Mihraján se maravilló y me dijo:

—¡Por Alá, hijo mío, que si tu suerte no fuera tener una vida larga, sin duda a estas horas habrías sucumbido a tantas pruebas y sinsabores! ¡Pero da gracias a Alá por tu liberación!

Todavía me prodigó muchas más frases benévolas, quiso admitirme en su intimidad para lo sucesivo y, a fin de darme un testimonio de sus buenos propósitos con respecto a mí y de lo mucho que estimaba mis conocimientos marítimos, me

nombró desde entonces director de los puertos y radas de su isla e interventor de las llegadas y salidas de todos los navíos.

Durante mi estancia en aquella isla tuve ocasión de ver cosas asombrosas, cuyo relato me apartaría demasiado de esta cuestión. Me limitaré a añadir que viví todavía en aquella isla el tiempo necesario para aprender muchas cosas y enriquecerme con diversos cambios, ventas y compras.

Un día, según mi costumbre, estaba yo de pie a la orilla del mar cumpliendo mis funciones, cuando vi entrar en la rada un navío enorme lleno de mercaderes. Esperé a que el navío hubiese anclado sólidamente y soltado su escala para subir a bordo y buscar al capitán, a fin de inscribir su cargamento. Los marineros iban desembarcando todas las mercancías, que al propio tiempo yo anotaba, y cuando terminaron su trabajo pregunté al capitán:

—¿Queda aún alguna cosa en tu navío? —Me contestó:

—Aún quedan, ¡oh, mi señor!, algunas mercancías en el fondo del navío; pero están en depósito únicamente, porque se ahogó hace mucho tiempo su propietario, que viajaba con nosotros. ¡Y quisiéramos vender esas mercancías para entregar su importe a los parientes del difunto en Bagdad, morada de paz!

Emocionado entonces hasta el último límite de la emoción, exclamé:

—¿Cómo se llamaba ese mercader, ¡oh, capitán!? —Me contestó:

—¡Simbad el Marino!

A estas palabras miré con más detenimiento al capitán y reconocí en él al dueño del navío que se vio precisado a abandonarnos encima de la ballena. Y grité con toda mi voz:

—¡Yo soy Simbad el Marino!

Le conté al capitán cómo pude salvarme y a través de cuántas vicisitudes había llegado a ejercer las altas funciones de escriba marítimo al lado del rey Mihraján.

Añadí diversos incidentes que solo conocíamos él y yo. Entonces ya no dudó de mi identidad y se apresuró a devolverme mis mercancías.

Una vez en el zoco, abrí mis fardos y vendí mis mercancías con un beneficio de ciento por uno; pero tuve cuidado de reservarme algunos objetos de valor, que me apresuré a ofrecer como presente al rey Mihraján.

Le relaté la llegada del capitán del navío y el rey asombrose en extremo de este acontecimiento inesperado; como me quería mucho, no quiso ser menos amable que yo y a su vez me hizo regalos inestimables que contribuyeron no poco a enriquecerme completamente. Yo me di prisa en vender todo aquello, realizando así una fortuna considerable que trasporté a bordo del mismo navío donde había emprendido antes mi viaje.

Efectuado esto, fui a palacio para despedirme del rey Mihraján y darle gracias por todas sus generosidades y por su protección.

Subí enseguida a bordo y al poco diose a la vela el navío con la autorización de Alá. La Fortuna nos favoreció y el Destino nos ayudó en aquella travesía, que duró días y noches, y por último una mañana llegamos con salud a la vista de Basora, donde no nos detuvimos más que muy escaso tiempo para ascender por el río y entrar al fin, con el alma regocijada, en la ciudad de paz, Bagdad, mi tierra.

Cargado de riquezas y con la mano pronta para las dádivas llegué así a mi calle y entré en mi casa, donde volví a ver con buena salud a mi familia y a mis amigos. Al punto compré gran cantidad de esclavos de uno y otro sexo, mamalik,

mujeres hermosas, negros, tierras, casas y propiedades como no tuve nunca ni aun cuando murió mi padre.

Con esta nueva vida olvidé las vicisitudes pasadas, las penas y los peligros sufridos, la tristeza del destierro, los sinsabores y las fatigas del viaje. Tuve amigos numerosos y deliciosos, y durante largo tiempo viví una vida llena de agrado y de placeres, exenta de preocupaciones y molestias, disfrutando con toda mi alma de cuanto me gustaba y comiendo manjares admirables y bebiendo bebidas deliciosas.

¡Tal es el primero de mis viajes!

Pero mañana, si Alá quiere, os contaré, ¡oh, invitados míos!, el segundo de los siete viajes que emprendí, que es bastante más extraordinario que el primero.

Simbad el Marino se encaró con Simbad el Cargador y le rogó que cenase con él. Luego, tras haberle tratado con mucho miramiento y afabilidad, hizo que le entregaran mil monedas de oro y antes de despedirle le invitó a volver al día siguiente.

Así es que, en cuanto amaneció, apresurose a volver a casa de Simbad el Marino. Se dieron un banquete y se regalaron el espíritu y el oído. Y cuando acabaron habló Simbad en estos términos:

En ese momento de su narración, Scherezade vio que despuntaba el día y discretamente se calló. Continuó su relato al anochecer:

SEGUNDO VIAJE DE SIMBAD

—Verdaderamente disfrutaba de la más sabrosa vida cuando un día entre los días me asaltó la idea de los viajes por las comarcas de los hombres; y de nuevo sintió mi alma con ímpetu el anhelo de correr y gozar con la vista del espectáculo de tierras e islas, y mirar con curiosidad cosas desconocidas, sin descuidar jamás la compra y venta por diversos países.

Partimos aquel mismo día y tuvimos una navegación excelente. Viajamos de isla en isla y de mar en mar durante días y noches, y a cada escala íbamos en busca de mercaderes de la localidad y de los notables, de los vendedores y de los compradores, vendíamos y comprábamos y realizábamos cambios ventajosos. De tal suerte continuamos navegando y nuestro destino nos guió a una isla muy hermosa, cubierta de frondosos árboles, abundante en frutas, rica en flores, habitada por el canto de los pájaros, regada por aguas puras, pero absolutamente virgen de toda vivienda y de todo ser humano.

El capitán accedió a nuestro deseo de detenernos unas horas allí y echó el ancla junto a tierra. Desembarcamos enseguida y fuimos a respirar el aire grato en las praderas sombreadas por árboles donde holgábanse las aves. Llevando algunas provisiones de boca fui a sentarme a orillas de un arroyo de agua límpida, resguardado del sol por ramajes frondosos, y sentí un placer extremado al comer un bocado y beber de aquella agua deliciosa. Por si eso fuera poco, una brisa suave modulaba dulces acordes e invitaba al reposo absoluto. Así es que me tendí en el césped y dejé que se apoderara de mí el sueño en medio de la frescura y los aromas del ambiente.

Cuando desperté no vi ya a ninguno de los pasajeros, y el navío había partido sin que nadie se enterase de mi ausencia. En vano hube de mirar a derecha y a izquierda, adelante y atrás, pero no distinguí en toda la isla a otra persona más que a mí mismo. A lo lejos se alejaba por el mar una vela que muy pronto perdí de vista.

Quedé sumido en un estupor sin igual y empecé a gemir y a lanzar gritos espantosos hasta que la desesperación se apoderó de mi corazón.

Por último comprendí que eran inútiles todos mis lamentos y mi arrepentimiento demasiado tardío, y hube de conformarme con mi destino. Me erguí sobre mis piernas y, tras de haber andado algún tiempo sin rumbo, tuve miedo de un

encuentro desagradable con cualquier animal salvaje o con un enemigo desconocido y trepé a la copa de un árbol, desde donde me puse a observar con más atención a derecha y a izquierda; pero no pude distinguir otra cosa que el cielo, la tierra, el mar, los árboles, los pájaros, la arena y las rocas. Sin embargo, al fijarme más atentamente en un punto del horizonte, me pareció distinguir un fantasma blanco y gigantesco. Entonces bajé del árbol atraído por la curiosidad y, lleno de miedo, fui avanzando muy lentamente y con mucha cautela hacia aquel sitio. Cuando me encontré más cerca de la masa blanca advertí que era una inmensa cúpula de blancura resplandeciente, ancha de base y altísima.

Mientras reflexionaba sobre el medio de que me valdría para dar con alguna puerta de entrada o salida de la tal cúpula, advertí que de pronto desaparecía el sol y que el día se tornaba en una noche negra. Primero supuse que una nube inmensa pasaba por delante del sol, aunque la cosa fuera imposible en pleno verano. Alcé, pues, la cabeza para mirar la nube que tanto me asombraba y vi un pájaro enorme de alas formidables que volaba por delante del sol, esparciendo la oscuridad sobre la isla.

Mi asombro llegó entonces a sus límites extremos y me acordé de lo que en mi juventud me habían contado viajeros y marineros acerca de un pájaro de tamaño extraordinario llamado rokh, que se encontraba en una isla muy remota y que podía levantar un elefante. Saqué entonces como conclusión que el pájaro que yo veía debía ser el rokh, y la cúpula blanca a cuyo pie me hallaba debía ser un huevo de aquel rokh. Pero no bien me asaltó esa idea, el pájaro descendió sobre el huevo y se posó encima como para empollarlo.

Entonces yo, que me había echado de bruces en el suelo, y precisamente me encontraba debajo de una de las patas, la cual me pareció más gruesa que el tronco de un árbol añoso, me levanté con viveza, desenrollé mi turbante y lo retorcí

Fin de la edición promocional